

CANTAR DE LOS CANTARES

Este libro es una alegoría divina que representa el amor entre Cristo y la Iglesia de los creyentes verdaderos, con figuras tomadas de la relación y afecto que existe entre un marido y su mujer; un emblema a menudo empleado en la Escritura para describir la relación más íntima, más firme y segura: véase Salmo xlv; Isaías liv, 5, 6.; lxii, 5; Jeremías ii, 2; iii, 1; también en Ezequiel, Oseas y de nuestro mismo Señor, Mateo ix, 15; xxv, 1: véase también Apocalipsis xxi, 2, 9; Efesios v, 27. No hay carácter en la Iglesia de Cristo y ninguna situación en que el creyente sea puesto, que no se pueda buscar en este libro, como hallarán los escudriñadores humildes, al compararlo con otros pasajes, con la ayuda de Dios Espíritu Santo, y en respuesta a sus súplicas. Sin embargo, gran parte del lenguaje ha sido malentendido por los expositores y los traductores. La diferencia entre los usos y costumbres de Europa y Oriente, debe tenerse especialmente en consideración. La poca familiaridad con las costumbres orientales de la gran mayoría de nuestros primeros expositores y traductores ha impedido, en muchos casos, la traducción correcta. Además, los cambios ocurridos en nuestro propio idioma los últimos dos o tres siglos, afectan la manera en que se entienden algunas expresiones y no deben juzgarse por las nociones modernas. Pero el bosquejo en general, correctamente interpretado, concuerda plenamente con los afectos y experiencias del cristiano sincero.

CAPÍTULO I

Versículo 1. *El título.* 2—6. *La Iglesia confiesa su deformidad.* 7, 8. *La Iglesia busca a Cristo para que la guíe al lugar de reposo de su pueblo.* 9—17. *El elogio de Cristo para la Iglesia.—La estima de la Iglesia por Él.*

Vv. 1. Este es “El Cantar de los Cantares” excelente por sobre todos los demás, porque está totalmente dedicado a describir las excelencias de Cristo y su amor con su pueblo redimido.

Vv. 2—6. La Iglesia o, más bien el creyente, habla aquí en su carácter de esposa del Rey, el Mesías. —Los besos de su boca significan la seguridad del perdón con que son favorecidos los creyentes, llenándolos de paz y gozo, al creer, y haciendo que abunden en esperanza por el poder del Espíritu Santo. —Las almas en gracia se complacen hasta lo sumo en amar a Cristo y ser amadas por Él. El amor de Cristo es más valioso y deseable que lo mejor que este mundo puede dar. El nombre de Cristo no es ahora como unguento sellado, sino como unguento derramado, lo cual denota la libertad y plenitud del establecimiento de su gracia por el evangelio. —Los que Él ha redimido y santificado son aquí las vírgenes que aman a Jesucristo, y le siguen donde Él vaya, Apocalipsis xiv, 4. Ellos le piden que los guíe por la influencia vivificante de Su Espíritu. Mientras más claramente discernimos la gloria de Cristo, más conscientes estamos de que somos incapaces

de seguirle adecuadamente y, al mismo tiempo, estamos más deseosos de hacerlo. —Obsérvese la respuesta pronta dada a esta oración. Quienes esperan en la puerta de la Sabiduría, serán guiados en la verdad y el consuelo. Llevados a esta recámara, se desvanecerán nuestros pesares. No tenemos gozo sino en Cristo y por esto estamos en deuda con Él. Nos acordaremos dar gracias por tu amor; nos causará impresiones más duraderas que cualquier otra cosa de este mundo. No es aceptable el amor a Cristo si no es amor sincero, Efesios vi, 24. —Las hijas de Jerusalén pueden ser profesantes aún no firmes en la fe. La esposa era negra, como las tiendas de los árabes nómadas, pero bella como las cortinas magníficas de los palacios de Salomón. El creyente es negro, por contaminación y pecador por naturaleza, pero bello al ser renovado por la gracia divina en la santa imagen de Dios. Está aún deformado con residuos de pecado, pero bello por ser aceptado en Cristo. A menudo es bajo y despreciable para la estimación de los hombres, pero excelente a ojos de Dios. La negrura se debía al duro trato sufrido. Los hijos de la Iglesia, su madre, pero no de Dios, su Padre, estaban enojados con ella. Ellos la habían hecho sufrir cosas duras que hicieron que ella dejara el cuidado de su alma. Así, pues, bajo el emblema de una pobre mujer, hecha cónyuge escogida de un príncipe, somos llevados a considerar las circunstancias en que Cristo acostumbra a hallar a los objetos de su amor. Eran miserables esclavos del pecado, en trabajos forzados, afligidos, agotados y muy cargados, pero ¡qué grande el cambio cuando el amor de Cristo se manifiesta a sus almas!

Vv. 7, 8. Obsérvese el título dado a Cristo: Oh, tú, a quien ama mi alma. Quienes así dicen, pueden ir directamente a Él, y pueden presentarle humildemente su alegato. ¿Hay en el pueblo de Dios un medio día de problemas externos, y conflictos internos? Cristo tiene reposo para ellos. Aquellos cuyas almas aman a Jesucristo, desean fervorosamente compartir los privilegios de su rebaño. Apartarse de Cristo es lo que temen las almas en la gracia más que cualquier otra cosa. — Dios está listo para responder la oración. Sigue el camino, pregunta por el antiguo buen camino, observa las huellas del rebaño, mira lo que ha sido la costumbre del pueblo santo. Siéntate bajo la dirección de buenos ministros; al lado de las tiendas de los pastores. Lleva tu carga a ellos, ellos te darán la bienvenida. Será el deseo y oración ferviente del cristiano que Dios lo dirija así en sus negocios mundanos y que así ordene su situación y ocupación para que él pueda tener a su Señor y Salvador siempre delante de él.

Vv. 9—17. El Esposo elogia con altura a su esposa. A la vista de Cristo, los creyentes son lo excelente de la tierra, aptos instrumentos para fomentar su gloria. Los dones y las gracias espirituales que Cristo otorga a todo creyente verdadero, son descritos por los ornamentos entonces en uso, versículos 10, 11. —Las gracias de los santos son muchas, pero dependen unas de otras. Aquel que es el Autor será el Consumador de la buena obra. La gracia recibida de la plenitud de Cristo brota como ejercicio vivo de la fe, el afecto y la gratitud. Pero Cristo, no sus dones, es más precioso para ellos. La palabra traducida “alheña” significa “expiación” o “propiciación”. Cristo es caro para todos los creyentes, porque Él es la propiciación de sus pecados. Ningún pretendiente debe ocupar el lugar de Él en el alma. Ellos resolvieron alojarlo en su corazón toda la noche; durante la continuación de los problemas de la vida. —Cristo se deleita en la buena obra que su gracia ha llevado al alma de los creyentes. Esto debiera comprometer a todos los que son hechos santos para estar muy agradecidos por la gracia que ha hecho justos a quienes, por naturaleza, eran deformes. La esposa (el creyente) tiene ojo humilde y modesto, que descubre la sencillez y la piadosa sinceridad; ojos iluminados y guiados por el Espíritu Santo, esa tórtola bendita. La Iglesia expresa su valor por Cristo. Tú eres el gran Original, pero yo no soy sino una mala copia imperfecta. Muchos son lindos de mirar, pero sus temperamentos los vuelven desagradables; pero Cristo es bello y agradable. El creyente, versículo 16, habla alabando las ordenanzas santas en que los creyentes verdaderos tienen comunión con Cristo. Sea que el creyente esté en los atrios del Señor o en el retiro; sea que esté en sus labores diarias o confinado en el lecho de enfermo o aun en un calabozo, el sentido de la presencia divina convertirá el lugar en un paraíso. Así, pues, el alma, teniendo comunión diaria con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, disfruta de una esperanza viva de una herencia incorruptible, inmarcesible y eterna, arriba.

CAPÍTULO II

Versículos 1—7. *El mutuo amor de Cristo y su Iglesia.* 8—13. *La esperanza y el llamamiento de la Iglesia.* 14—17. *El cuidado de Cristo por la Iglesia.—La fe y la esperanza de ella.*

Vv. 1—7. Los creyentes son hermosos porque están vestidos de la justicia de Cristo; y fragantes, por estar adornados con las gracias de su Espíritu; ellos florecen bajo los refrescantes rayos del Sol de justicia. —El lirio es una planta muy noble en el Oriente; crece a considerable altura, pero tiene un tallo débil. La Iglesia en sí misma es débil, pero es fuerte en el que la sostiene. Las malas, las hijas de este mundo que no tienen amor por Cristo, son como espinas, sin valor e inútiles, nocivas y dañinas. Las corrupciones son espinas en la carne, pero el lirio que está ahora entre espinas, será trasplantado a aquel paraíso donde no hay malezas ni espinas. —El mundo es un árbol estéril para el alma, pero Cristo es el fructífero. Cuando las pobres almas están resacas bajo la convicción de pecado, con los terrores de la ley, o los problemas de este mundo, cansados y muy cargados, deben encontrar reposo en Cristo. No es suficiente pasar bajo su sombra sino que debemos sentarnos bajo ella. Los creyentes han gustado que el Señor Jesús es bueno; sus frutos son todos los preciosos privilegios del nuevo pacto comprados por su sangre, y comunicados por su Espíritu; promesas dulces para el creyente, y también los preceptos. Los perdones son dulces y la paz de conciencia, dulce. Si nuestras bocas están amargas por los placeres del pecado, los consuelos divinos nos serán dulces. —Cristo lleva al alma a que busque y halle consuelo por medio de sus ordenanzas, que son como una casa de banquete donde sus santos festejan con Él. El amor de Cristo, manifestado por su muerte y por su palabra, es la bandera que Él despliega, y los creyentes recurren a Él. —¡Cuánto mejor es para el alma estar enferma de amor por Cristo que cuando está saciada con el amor de este mundo! Aunque Cristo parecía haberse retirado, aún era una ayuda muy presente. Todos sus santos están en su mano, que tiernamente sostiene sus cabezas doloridas. Encontrando a Cristo así de cerca a ella, el alma se cuida mucho de que su comunión con Él sea interrumpida. Contrastamos fácilmente al Espíritu con los malos temperamentos. Los que tienen consuelo, temen pecar y perderlo.

Vv. 8—13. La iglesia se complace con pensamientos de ulterior comunión con Cristo. Nada fuera de eso puede hablar al corazón. Ella lo ve venir. Esto puede aplicarse a la perspectiva que los santos del Antiguo Testamento tenían de la encarnación de Cristo. Viene como complacido con su comisión. Viene rápidamente. Aun cuando Cristo parece abandonar, no es sino por un momento; pronto retornará con benignidad eterna. —Los santos de antes lo vieron apareciendo a través de los sacrificios y las instituciones ceremoniales. Nosotros lo vemos como a través de un vidrio en oscuridad, como se manifiesta a través de un enrejado. —Cristo invita al nuevo convertido a que se levante de la pereza y la depresión, y abandone al pecado y las vanidades mundanas, para unirse a Él y tener comunión con Él. El invierno puede representar muchos años malos, pasados en la ignorancia y el pecado, infértiles y miserables, o tormentas y tempestades que acompañaron su convicción de culpa y peligro. —Hasta las frutas verdes de la santidad son agradables para Aquel cuyo favor divino las ha producido. Todas estas alentadoras prendas y pruebas del favor divino son motivos para que el alma siga más plenamente a Cristo. Levántate, entonces, y aléjate del mundo y la carne, ven a la comunión con Cristo. Este cambio bendito se debe totalmente a los acercamientos e influencias del Sol de justicia.

Vv. 14—17. La Iglesia es la paloma de Cristo; ella regresa a Él, como a su Noé. Cristo es la Roca, el único en quien ella puede sentirse a salvo y encontrarse segura, como tórtola en el agujero de una roca, cuando es atacada por las aves de presa. Cristo la llama que venga directamente al trono de la gracia, teniendo ahí un gran Sumo Sacerdote, para decir cuál es su petición. Habla libremente. No temas al rechazo ni el desprecio. La voz de la oración es dulce y aceptable para Dios; aquellos que son santificados tienen la mejor belleza. —Los primeros albores de pensamiento y deseos pecaminosos, los comienzos de búsquedas fútiles que desperdician el tiempo, las visitas triviales, los pequeños desvíos de la verdad, lo que sea que admita algo de conformidad con el

mundo, todos estos, y muchos más son zorras pequeñas que destruyen sus gracias y consuelos, y aplastan los buenos comienzos. Lo que encontremos sea un estorbo para nosotros en lo que es bueno, debemos hacerlo a un lado. —Él se alimentó entre los lirios; esto muestra la graciosa presencia de Cristo entre los creyentes. Él es amable con todo Su pueblo. Les corresponde creer esto, cuando están abandonados y ausentes, para poder rechazar las tentaciones. —Las sombras de la dispensación judía fueron disipadas por el alba del día del evangelio. Y un día de consuelo vendrá después de una noche de abandono. Sube los montes de Beter, “los montes que dividen”, esperando por ese día de luz y amor. Cristo vendrá sobre cada monte divisorio para llevarnos a casa a Él mismo.

CAPÍTULO III

Versículos 1—5. *Las pruebas de la Iglesia por el retiro de Cristo.* 6—11. *Las excelencias de la Iglesia.—El cuidado de Cristo por ella.*

Vv. 1—5. Fue difícil para la Iglesia del Antiguo Testamento hallar a Cristo en la ley ceremonial; los atalayas de esa Iglesia dieron poca ayuda a los que andaban en su busca. La noche es un tiempo de frío, oscuridad y mareo, y de turbias aprehensiones tocante a las cosas espirituales. Primero, cuando inquieta, se hacen unos débiles esfuerzos para obtener el consuelo de la comunión con Cristo. Esto resulta en vano; el creyente es entonces incitado a una mayor diligencia. Las calles y los caminos anchos parecen implicar los medios de gracia en que debe buscarse al Señor. Se aplica esto a quienes vigilan las almas de los hombres. La satisfacción inmediata no se halla. No debemos descansar en ningún medio, sino por fe pedir directamente a Cristo. —Aferrarse a Cristo sin soltarlo denota aferrarse a Él con fervor. Lo que prevalece es una rogativa humilde y ardiente, con ejercicio vivaz de la fe en sus promesas. Mientras la fe de los creyentes siga aferrada de Cristo, Él no se ofenderá por el pedido ansioso de ellos, sí, Él se complace con ello. El creyente desea que otros se familiaricen con su Salvador. Doquiera encontremos a Cristo, debemos llevarlo a casa con nosotros, especialmente a nuestro corazón y debemos llamarnos a nosotros mismos y unos a otros a tener cuidado de no contristar a nuestro santo Consolador, ni provocar la partida del Amado.

Vv. 6—11. El desierto es emblema del mundo; el creyente sale de él cuando es libertado del amor a los placeres y del vagar pecaminoso, y se niega a someterse a sus costumbres y modas, para buscar la felicidad en la comunión con el Salvador. El alma pobre subirá, al final, bajo la conducción del Consolador; como una nube de incienso que asciende desde el altar, o el humo de los holocaustos. Esto significa afectos piadosos y devotos, y el ascenso al cielo del alma. El creyente está lleno con la gracia del Espíritu de Dios; sus devociones son ahora muy vívidas. Estas gracias y consuelos son del Canaán celestial. —Quien es la Paz de su pueblo, el Rey de la Sion celestial, ha provisto para la conducción a salvo de sus redimidos a través del desierto de este mundo. El lecho o palanquín fue diseñado para el descanso y fácil traslado, pero su belleza y magnificencia demuestra la calidad de su dueño. La Iglesia está bien guardada; más están con ella que contra ella: los creyentes, cuando reposan en Cristo y con Él, aunque tengan sus temores en la noche, están aún a salvo. —El carruaje denota aquí al pacto de la redención, el camino de nuestra salvación. Esta es la obra de Cristo que lo hace amado y admirado a los ojos de los creyentes. Está enmarcado y concebido para la gloria de Cristo y consuelo de los creyentes; está bien ordenado en todas las cosas y seguro. La sangre del pacto, esta púrpura rica es la cubierta del carruaje, por el cual los creyentes son protegidos del viento, de las tormentas de la ira divina, y los trastornos de este mundo; pero el medio es el amor de Cristo que sobrepaja el conocimiento, es para que sobre Él reposen los creyentes. —Cristo, en su evangelio, se manifiesta Él mismo. Nótese especialmente su corona. La aplicación de esto a Cristo anuncia la honra puesta en Él, y su poder y dominio.

CAPÍTULO IV

Versículos 1—7. *Cristo manifiesta la gracia de la Iglesia.* 8—15. *El amor de Cristo a la Iglesia.* 16. *La Iglesia desea más influencia de la gracia divina.*

Vv. 1—7. Si cada una de estas comparaciones tiene un significado aplicable a las gracias de la Iglesia o del cristiano fiel, no son claramente conocidas; y se han cometido tremendos errores adivinando en forma fantástica. El monte de mirra parece representar al monte Moria, sobre el cual se construyó el templo, donde se quemaba incienso y el pueblo adoraba al Señor. Esta fue su residencia hasta que las sombras de la ley dada a Moisés fueron dispersadas por el amanecer del día del evangelio, y la ascensión del Sol de justicia. Aunque tocante a su naturaleza humana, Cristo está ausente de su Iglesia en la tierra, y continuará así hasta que claree el día celestial, pero está presente espiritualmente en sus ordenanzas y con su pueblo. ¡Cuán bellos y agradables de mirar son los creyentes cuando están justificados por la justicia de Cristo, y adornados con gracias espirituales; cuando sus pensamientos, palabras y obras, aunque imperfectos, son puros manifestando un corazón nutrido por el evangelio!

Vv. 8—15. Obsérvese el gracioso llamado de Cristo a su Iglesia. Es: —1. Un precepto; así, este es el llamado de Cristo a su Iglesia para que salga del mundo. Estas colinas parecen placenteras, pero en ellas hay madrigueras de leones; son montañas de los leopardos. —2. Como promesa: muchos serán llevados como miembros de la Iglesia, desde todo punto. La Iglesia será librada de sus perseguidores en el tiempo debido, aunque ahora habite entre leones, Salmo lvii, 4. —El corazón de Cristo está en su Iglesia; su tesoro en ella está; y Él se deleita en el afecto que ella tiene por Él; su obra en el corazón, y sus obras en la vida. Los aromas con que la esposa es perfumada son como los dones y gracias del Espíritu. El amor y la obediencia a Dios son más agradables a Cristo que el sacrificio o el incienso. Cristo, habiendo puesto a su esposa el manto blanco de su propia justicia, y la justicia de los santos, y perfumado con santo gozo y consuelo, está bien complacido con ello. —Cristo entra invisible en su jardín. Un cerco de protección se hace alrededor, que todas las potestades de las tinieblas no pueden romper. Las almas de los creyentes son como jardines cerrados, donde hay un pozo de agua viva, Juan iv, 14; vii, 38, las influencias del Espíritu Santo. El mundo no conoce estos pozos de salvación ni ningún adversario puede corromper esta fuente. —Los santos de la iglesia y las gracias de los santos son comparados adecuadamente con frutos y especias. Son plantados y no crecen por sí mismos. Son preciosos; son bendiciones de esta tierra. Serán guardados para buen propósito cuando se marchiten las flores. La gracia, cuando termina en gloria, dura para siempre. Cristo es la fuente que hace feraces a estos jardines; hasta un pozo de agua viva.

V. 16. La Iglesia ora por la influencia del Espíritu bendito, para que haga fértil este jardín. Las gracias del alma son como especias de estos jardines, que en ellos esté lo que es valioso y útil. El Espíritu bendito, en su obra sobre el alma, es como el viento. Hay viento norte de convicción, y el viento sur de consuelo. Él incita los buenos afectos y obra en nosotros tanto el querer como el hacer lo bueno. —La Iglesia invita a Cristo. Que Él tenga la honra de todos los productos del jardín y nosotros, el consuelo de su aceptación. Podemos invitarlo a nada, salvo a lo que ya es suyo. El creyente no puede gozar de los frutos a menos que de una u otra forma redunden para la gloria de Cristo. Entonces, procuremos mantenernos apartados del mundo, como jardín cerrado, y evitemos la conformidad con el mundo.

CAPÍTULO V

Versículo 1. *La respuesta de Cristo.* 2—8. *Las desilusiones de la Iglesia acerca de su propia*

V. 1. Véase cuán presto está Cristo para aceptar las invitaciones de su pueblo. Lo poquito de bueno que hay en nosotros se perdería si Él no lo preservara para sí. También invita a su amado pueblo a comer y beber abundantemente. Las ordenanzas en que ellos le honran son medios de gracia.

Vv. 2—8. Las iglesias y los creyentes, por indiferencia y seguridad, provocan a Cristo para retirarse. Debemos notar nuestros ronquidos y el descontrol temperamental. —Cristo llama para despertarnos, llama con su palabra y Espíritu, llama con aflicciones y por nuestra conciencia; de ahí Apocalipsis iii, 20. Cuando no pensamos en Cristo, Él ya piensa en nosotros. El amor de Cristo por nosotros debiera comprometernos con Él aun en las instancias supremas de negarnos a nosotros mismos; y con eso sólo podemos salir ganando. Las almas indiferentes tratan con marcada insolencia a Jesucristo. —Otro no pudo ser enviado para abrir la puerta. Cristo nos llama, pero no nos importa o pretendemos que no tenemos fuerzas o no tenemos tiempo y pensamos que podemos ser disculpados. Disculparse es tomarse a Cristo a la ligera. Desprecian a Cristo los que no tienen corazones para enfrentar un golpe de frío, o salir del tibio lecho por amor de Él. Véase la poderosa influencia de la gracia divina. Con su mano descerraja la puerta como quien se cansa de esperar. Esto es señal de la obra del Espíritu en el alma. —El creyente supera la indulgencia de sí mismo, busca con oración los consuelos de Cristo, y elimina todo estorbo a la comunión con Él; estas acciones del alma están representadas por las manos que chorrean mirra dulcemente perfumada sobre las manijas de las cerraduras. —¡Pero el Amado se había ido! Ausentándose Cristo enseña a su pueblo a valorar más elevadamente las visitas de su gracia. Fíjese que el alma sigue llamando a su Amado, a Cristo. Toda deserción no es desesperanza. Señor, creo, aunque debo decir: Señor ayuda a mi incredulidad. Sus palabras me derritieron, pero infeliz como era, aún así me excusé. Es muy amargo pensar en sofocar y suprimir las convicciones cuando Dios abre nuestros ojos. El alma fue en pos de Él; no sólo oró, sino que usó medios, lo buscó en los caminos donde solía hallársele. Los vigilantes me hirieron. Algunos lo refieren a los que aplican mal la palabra a las conciencias vivificadas. El encargo a las hijas de Jerusalén parece significar el deseo del creyente inquieto por las oraciones del cristiano más débil. Las almas vivificadas son más sensibles a los retiros de Cristo que de cualquier otro trastorno.

Vv. 9—16. Aun los que tienen poca familiaridad con Cristo no pueden sino ver belleza amable en los demás que llevan su imagen. Hay esperanzas para los que empiezan a preguntar acerca de Cristo y sus perfecciones. Los cristianos que están bien familiarizados con Cristo deben hacer todo lo que puedan para hacer que los demás conozcan algo de Él. —La gloria divina lo hace verdaderamente bello a ojos de todos los que están iluminados para discernir las cosas espirituales. Él es blanco en la inocencia inmaculada de su vida; rojo en los sufrimientos sangrientos por que pasó en su muerte. Esta descripción de la persona del Amado formaría, en el lenguaje figurativo de aquella época, un retrato de belleza de la persona y de la gracia de sus modales, pero la precisión de algunas de esas alusiones puede no ser evidente para nosotros. Él vendrá a ser glorificado en sus santos y a ser admirado en todo el que cree. Que su amor nos constriña a vivir para su gloria.

CAPÍTULO VI

Versículo 1. Inquire dónde debe buscarse a Cristo. 2, 3. Dónde puede hallarse a Cristo. 4—10. Los encomios de Cristo para la Iglesia. 11—13. La obra de la gracia en el creyente.

V. 1. Los familiarizados con las excelencias de Cristo, y el consuelo de tener interés en Él, desean saber dónde pueden hallarlo. Quienes desean hallarlo deben buscarlo temprano y diligentemente.

Vv. 2, 3. La Iglesia de Cristo es un jardín, cerrado, separado del mundo; Él lo cuida, se deleita

en él y lo visita. Quienes desean hallar a Cristo deben ir a Él en sus ordenanzas, la palabra, los sacramentos y la oración. Cuando Cristo viene a su Iglesia es para asistir a sus amigos. Para llevar creyentes a sí; Él escoge uno por uno todos sus lirios; y en el gran día, enviará a sus ángeles a juntar a todos sus lirios, para que Él sea por siempre admirado en ellos. La muerte de un creyente es como cuando el dueño de un jardín corta una flor favorita; Él la preservará de marchitarse, sí, hará que florezca por siempre con belleza creciente. Si nuestros corazones pueden testificarnos que somos de Cristo, no se cuestione que Él sea nuestro, porque el pacto nunca se rompe de su lado. Es el consuelo de la Iglesia que Él se alimenta entre los lirios, que Él se deleite en su pueblo.

Vv. 4—10. Toda la excelencia y santidad real en la tierra se centra en la Iglesia. Cristo sigue adelante venciendo a sus enemigos mientras sus seguidores ganan victorias sobre el mundo, la carne y el diablo. Muestra la ternura de un Redentor compasivo, el deleite que tiene en su pueblo redimido, y las obras de su gracia en ellos. —Los creyentes verdaderos son los únicos que pueden poseer la belleza de la santidad. Y cuando se conoce el carácter real de ellos, serán encomiados. La Iglesia y los creyentes, en su conversión, son como la aurora con su luz pequeña, pero creciente. En cuanto a la santificación de ellos, son bellos como la luna, derivando de Cristo toda su luz, gracia y santidad; en cuanto a la justificación, claros como el sol, revestidos de Cristo, el Sol de justicia, y dando la buena lucha de la fe, bajo la bandera de Cristo, contra todos los enemigos espirituales.

Vv. 11—13. En el retiro y la meditación se forma y perfecciona el carácter cristiano, pero no en el retiro del ocioso, el que se da el gusto o el indolente. Cuando el cristiano es liberado del cumplimiento de sus deberes en la vida, el mundo no tiene atractivo para él. Su oración es que todas las cosas pertenecientes al espíritu puedan vivir y crecer en su interior y alrededor de él. Tales son los cuidados y ocupaciones interesantes de aquel a quien el mundo considera erróneamente infeliz y perdido para sus verdaderos intereses. Con humildad y abnegación, el cristiano humilde se aleja de la vista de todo, pero el Señor se deleita en honrarle. Sin embargo, la referencia principal sea a los ángeles que ministran que serán enviados a favor del alma del cristiano. El acercamiento de ellos puede sobresaltar, pero el alma que se va, encontrará que el Señor es su fuerza y su porción por siempre. —La Iglesia es llamada la Sulamita: la palabra significa perfección y paz, no en ella misma sino en Cristo, en Quien ella está completa a través de la justicia de Cristo, y tiene la paz que ganó para ella por medio de su sangre, y se la da a ella por su Espíritu.

CAPÍTULO VII

Versículos 1—9. *Las gracias de la Iglesia.* 10—13. *El deleite de la Iglesia en Cristo.*

Vv. 1—9. Aquí las semejanzas son diferentes de las que fueron antes, y en el original se refieren a ropa gloriosa y espléndida. Tal honor tienen todos sus santos; y habiendo sido revestidos de Cristo, son distinguidos por su atavío bello y glorioso. Ellos adornan la doctrina de Dios su Salvador en todas las cosas. Los creyentes coherentes honran a Cristo, encomian el evangelio, y convencen y despiertan a los pecadores. —La Iglesia se parece a la palma majestuosa que se esparce; mientras su amor por Cristo y la obediencia resultante de eso son frutos preciosos de la Vid verdadera. —El Rey está en los corredores. Cristo se deleita en las asambleas y ordenanzas de su pueblo; y admira el fruto de su gracia en ellos. Cuando se aplica a la Iglesia y a cada cristiano fiel, todo esto denota la belleza de la santidad, en la cual serán presentados a su Esposo celestial.

Vv. 10—13. La Iglesia, el alma creyente, triunfa en su relación con Cristo, y su interés en Él. Ella desea humildemente la comunión con Él. Caminemos juntos, que yo pueda recibir consejo, instrucción y consuelo de ti; y que te pueda dar a conocer mis necesidades y mis penas, con libertad y sin interrupción. La comunión con Cristo es todo lo que anhelan fervientemente los que son hechos santos. Quienes quieren comunión con Cristo deben salir del mundo. —Donde quiera

estemos podemos tener comunión con Dios. No debemos ir donde no podemos pedirle con fe que vaya con nosotros. Los que salen con Cristo deben empezar temprano por la mañana; deben empezar cada día con Él, buscarlo temprano, buscarlo con diligencia. El alma en la gracia puede reconciliarse con los lugares más pobres, si en ellos puede tener comunión con Dios; pero los campos más exquisitos no satisfarán a menos que el Amado esté allí. No pensemos satisfacernos con ningún objeto terrenal. —Nuestra alma es nuestro viñedo; debe ser plantado con árboles útiles. A menudo debemos examinar si somos fructíferos en justicia. La presencia de Cristo hará florecer la vid, y las uvas tiernas aparecerán como el sol que regresa y revive el huerto. Si podemos recurrir a Él, tú sabes todas las cosas, tú sabes que te amo; si su Espíritu testifica a nuestro espíritu, que nuestras almas prosperen es suficiente. Y debemos rogarle que nos examine y nos pruebe, para descubrimos a nosotros mismos. —Los frutos y los ejercicios de la gracia son agradables para el Señor Jesús. Estos deben estar dispuestos y siempre listos; que al dar nosotros mucho fruto Él sea glorificado. Todo es *de* Él, por tanto, es propio que todo sea *para* Él.

CAPÍTULO VIII

Versículos 1—4. *El deseo de comunión con Cristo.* 5—7. *La vehemencia de este deseo.* 8—12. *La Iglesia pide por otros.* 13, 14. *Y ora por la venida de Cristo.*

Vv. 1—4. La Iglesia desea la intimidad y libertad constantes con el Señor Jesús que una hermana tiene con un hermano. Que sean como sus hermanos, que los son, cuando por gracia son hechos partícipes de la naturaleza divina. Cristo llega a ser como nuestro hermano; donde lo hallemos, estemos preparados para reconocer nuestra relación con Él, y nuestro afecto por Él, y no temamos ser despreciados por eso. ¿Hay en nosotros un deseo ardiente de servir más y mejor a Cristo? Entonces, ¿qué hemos almacenado para mostrar nuestro afecto por el Amado de nuestra alma? ¿Qué fruto de santidad? —La Iglesia encarga a todos sus hijos que nunca provoquen a Cristo a retirarse. Debemos razonar con nosotros mismos, cuando estamos tentados a hacer lo que contristaría al Espíritu.

Vv. 5—7. La Iglesia judía salió del desierto sostenida por el poder y el favor divinos. La Iglesia cristiana fue sacada de un estado bajo y desolado apoyada por la gracia de Cristo. Los creyentes son sacados del desierto por el poder de la gracia. El estado pecador es un desierto en que no hay bienestar verdadero; es un estado menesteroso y vagabundo; no hay salida de este desierto sino apoyarse en Cristo como Amado nuestro, por fe; no apoyándonos en nuestro propio entendimiento, no confiando en ninguna justicia propia sino en el poder de Aquel que es el Señor nuestra justicia. —Las palabras de la Iglesia a Cristo que siguen, construyen un lugar permanente en su amor, y de protección por su poder. Ponme como un sello sobre tu corazón; déjame tener siempre un lugar en tu corazón; déjame poner la impronta de amor en tu corazón. El alma será asegurada de esto y sin esto no se halla reposo. Los que aman verdaderamente a Cristo son celosos de todo lo que lo aleje de ellos; especialmente de ellos mismos no sea que hagan algo que lo provoque a retirarse de ellos. Si amamos a Cristo, el temor de perder su amor o las tentaciones de abandonarlo serán sumamente penosas para nosotros. No hay agua que pueda sofocar el amor de Cristo por nosotros, ni anegación que lo ahogue. Que nada abata nuestro amor por Él. Ni la vida ni todos sus bienestares incitan al creyente para que deje de amar a Cristo. El amor de Cristo nos capacita para rechazar y vencer las tentaciones de las sonrisas del mundo, como asimismo de sus ceños fruncidos.

Vv. 8—12. La Iglesia ruega por los gentiles que entonces no tenían la palabra de Dios ni los medios de gracia. Quienes son llevados a Cristo debieran concebir lo que pueden hacer para ayudar al prójimo a ir a Él. Siempre hay bebés en Cristo entre los cristianos, y el bienestar de sus hermanos débiles es objeto de oración continua de los creyentes fuertes. Si los comienzos de esta obra se comparan a una pared edificada sobre Él como Fundamento precioso y piedra angular, entonces la

Iglesia gentil llegaría a ser como un palacio para el gran Rey, edificado de plata maciza. Si la primera predicación del evangelio fuera como abrir una puerta en el muro divisorio, esa puerta sería duradera, como hecha de tablas de cedro. Ella estaría cuidadosa y eficazmente protegida, cercada como para no ser dañada. La Iglesia está llena de cuidado por los aún no llamados. Cristo dice: Yo haré todo lo que es necesario hacer por ellos. —Véase con cuánta satisfacción nosotros debemos mirar atrás, a las épocas y temporadas en que a sus ojos éramos como los que encuentra favor; nuestros corazones son los viñedos que debemos mantener con toda diligencia. Todos nuestros frutos deben ser dedicados a Cristo y a su alabanza. Toda esa obra por Cristo, obra en favor de ellos mismos, y serán ganadores indecibles por ella.

Vv. 13, 14. Estos versículos cierran la conferencia entre Cristo y su Iglesia. Él se dirige primero a ella, como que habita en los jardines, las asambleas y ordenanzas de sus santos. Él la exhorta a ser constante y frecuente en oración, súplica, y alabanzas, en lo cual Él se complace. Ella contesta, anhelando su pronto retorno para que la lleve a estar totalmente con Él. Los cielos, los elevados montes de dulces especias, deben contener a Cristo hasta que llegue el tiempo cuando todo ojo lo verá en toda la gloria del mundo mejor. Los creyentes verdaderos, como ellos andan buscando, así apresuran la venida del día del Señor. Que todo cristiano se proponga cumplir los deberes de su posición para que los hombres vean sus buenas obras y glorifiquen a su Padre celestial. Al seguir fervientes orando por lo que nos falta, abundará nuestra acción de gracias y nuestro gozo será completo; nuestras almas serán enriquecidas y prosperadas nuestras labores. Seremos capacitados para esperar la muerte y el juicio sin temer. Hasta entonces, ven, Señor Jesús

Henry, Matthew